

Figuras de la historia sexual. Los procesos bifásicos y su intersección con lo inconsciente, lo pulsional y la memoria

Carlos Moguillansky

Escribir en el desierto

Diana Sperling

Ateneo 21 de abril de 2015

Nora Barugel: Tenemos dos expositores hoy. Voy a presentarlos: **Diana Sperling** es doctora en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba, es ensayista, docente, filósofa; publicó –entre otros, porque tiene una producción muy importante– los libros *Filosofía para armar*, *Filosofía de cámara*, también publicó numerosos artículos, ensayos, notas en diarios y revistas del país y del exterior y ha participado con ponencias en diversos congresos, jornadas y encuentros de filosofía, pensamiento, literatura, judaísmo –que es uno de los aspectos que Diana desarrolla mucho– tanto en el país como en el exterior.

Para esta vez –siendo que este ciclo trata el tema de *La polémica en torno a inconsciente y pulsión interroga nuestra clínica*– es pertinente esta reflexión que aporta en *Escribir en el desierto*: “¿De qué estamos hechos? De inscripciones y borraduras; de nudos corredizos y cabos sueltos; de múltiples pasados que se rehacen una y otra vez, y de futuros que a veces creemos ya contruidos, de presentes escurridizos, de olvidos y memorias trenzados en un texto. Somos esa escritura en la arena”.

Nuestro otro disertante es el doctor **Carlos Moguillansky**, psi-

coanalista, miembro en función didáctica de nuestra institución, fue presidente de APdeBA, publicó –entre otros– el libro en colaboración *Clínica de adolescentes* –es especialista en adolescentes– y es autor de numerosos trabajos. En esta oportunidad va a presentar el trabajo *Figuras de la historia sexual. Los procesos bifásicos y su intersección con lo inconsciente, lo pulsional y la memoria*.

Y yo quisiera señalar –justamente– que hay una frase que habrán leído ustedes en la presentación de la Comisión Científica, que dice: “Como un curioso impuesto pagado por nuestra condición parlante, la referencia pulsional de lo propio –que es un tema que Carlos trabajó mucho– juega un rol central en la comprensión de la propia memoria. Es la custodia de nuestra singularidad, así como la causa de nuestra neurosis”.

Debo decir que me impactó mucho el amor profundo que ambos tienen por Benjamin, por la historia y por el desarrollo de lo que este autor trae desde sus escritos y desde su entrañable humanidad. Y me resultó un feliz hallazgo encontrar allí un punto de encuentro entre el psicoanálisis y la filosofía.

Le vamos a dar la palabra en primer término a Carlos y después va a dirigirse a nosotros Diana.

Carlos Moguillansky: Como el trabajo se distribuyó por anticipado solo voy a hacer algunos comentarios al respecto.

Lo primero que querría señalar es que Freud prestó mucha atención al mutuo balance entre lo que podríamos llamar los procesos subjetivos y el cuidado por la objetividad. Y de hecho desde escritos muy tempranos –como el *Proyecto*– Freud señala la doble inhibición que se realiza entre los fenómenos perceptivos y los fenómenos de memoria.

En mi trabajo recuerdo una cita de otro trabajo mío, donde recordaba un video que había visto de David Hockney. En esa filmación Hockney está pintando un paisaje, un bosquecillo, en una mañana de sol. Sin embargo él le cuenta al camarógrafo que lo que él se propone pintar es la mañana neblinosa de ayer.

A mí me resultó muy interesante esa anécdota, porque quedaba

muy claro que él necesitaba la mañana soleada para que la mañana neblinosa recordada no inundara alucinatoriamente en la tela. Y, a su vez, él necesitaba que la mañana neblinosa estuviera presente en su memoria para que la objetividad de la pura percepción no aplanara su subjetividad creativa.

Esta mutua interdependencia, este balance –muy sutil pero al mismo tiempo muy férreo– entre la tendencia aloplástica de la subjetividad y la tendencia autoplástica de la adaptación, yo diría que preside la preocupación de Freud a lo largo de todos sus escritos, hasta los trabajos finales sobre el principio de realidad, neurosis y psicosis, pérdida de realidad en neurosis y psicosis, etc. y de hecho yo creo que está muy presente en lo que podríamos llamar los procesos bifásicos. Freud se preocupó por ellos desde muy temprano –ya en el *Proyecto* habla de ellos–, está ese término alemán *Nachträglich* que se podría traducir como efecto posterior o post efecto, y en relación a este tema de los procesos bifásicos Freud fue planteando diferentes hipótesis, la primera de ellas en relación a la sexualidad; él entendía que la sexualidad tenía dos etapas –una etapa infantil y una etapa puberal– y que la etapa puberal de alguna manera reorganizaba, reordenaba los fenómenos infantiles de la organización genital infantil.

Entre lo que podríamos llamar los fenómenos de recuerdo y los fenómenos de percepción, yo pondría un tercer término que es transferencia. En un trabajo anterior –de hace unos años– yo presenté la idea de la transferencia como una función psíquica que permitía comprender la actualidad, es decir que los hechos de la percepción actual son vistos a la luz del cristal de la transferencia. Esta función, a partir de las referencias singulares de cada uno, otorga un significado, ordena la percepción, selecciona determinados hechos, esquiva o evita otros y organiza aquellos que selecciona; a esta función la he llamado interpretación de la transferencia, en el sentido de que la transferencia interpreta, interpreta la realidad.

Las experiencias actuales por la vía de la transferencia impactan en las referencias personales de cada quien y es por esto, porque ponemos en juego nuestras referencias personales en cada experiencia, que nos jugamos la cordura, la estabilidad psíquica en cada experien-

cia y caemos en la neurosis debido a este tipo de fenómenos: cuando algún hecho actual produce un muy fuerte impacto en las referencias primarias, primitivas de cada uno de nosotros.

A raíz de estas ideas de pronto me encontré con que un texto que yo había enseñado muchas veces pero de un modo casi mecánico, para tratar de explicar mejor a *La interpretación de los sueños*, me encontré con que la *Carta 52* –que es el texto del que quiero hablar– tenía una inesperada actualidad; porque en esa carta –ustedes recordarán, seguramente Brudny o Avenburg nos habrán enseñado a cada uno de nosotros esa carta– en esa carta Freud habla de los diferentes registros de la representación o de la memoria y básicamente los distingue en dos grandes grupos, un grupo que es un grupo de referencias témporo-espaciales que ubican a la experiencia en los deícticos de tiempo y espacio, de un aquí y un ahora, una adaptación témporo-espacial; y otro grupo de registros en los cuales ese hecho fijado témporo-espacialmente es trabajado o elaborado por el resto de las representaciones psíquicas, a través de las experiencias asociativas.

Esto para mí fue importante a raíz de otros trabajos que yo había hecho en relación a la experiencia catastrófica, la experiencia traumática, porque ahí creí entender que en la experiencia traumática, quien padece la vivencia traumática puede datar a la experiencia, la puede ubicar en tiempo y espacio; lo que no puede es decir qué le pasó, vale decir que lo que falla –en todo caso– no es este primer tiempo de la memoria –que es la datación témporo-espacial– sino que lo que falla es el segundo paso de la atribución de significado. Y ahí se veían bien –entonces– estas dos dimensiones de los registros mnésicos que podían diferenciarse a partir de las experiencias de dolor o las experiencias traumáticas en general.

En ese trabajo sobre lo traumático yo creí encontrar en la silueta a un operador que permitía ofrecer un espacio de elaboración para lo traumático. Después en sucesivas discusiones de trabajos y relecturas y revisiones de estas ideas, la silueta se fue transformando en otros términos, uno de ellos es *blank* –no sé si se acuerdan cuando hacíamos los ejercicios de inglés– “llene los *following blanks*”, los intervalos con puntitos suspensivos donde había que poner la palabra

justa porque si no te llevabas un huevo en el examen... *blank* es un término que usó mucho Anne Wagner en teoría del arte y yo lo saqué de ahí. Y después me pareció que Bion –¿cuándo no?– había puesto un huevo ahí con el lugar donde solía estar el objeto y Lyotard –¿cuándo no?, también– podía nombrar el *quod*, en vez del *quid* el *quod*, que es algo así como el famoso: “lo que”, “lo que te digo”, “lo que pensé”, “de lo que hablamos”... ese es el *quod*, ese lugar que a mí me parece que es importante –la silueta, el *blank*, el *quod*, llamémoslo como lo llamemos– como un lugar simbólico en el cual se puede configurar la elaboración.

En el trabajo yo hago una cierta tarea de exégesis de Freud, donde más o menos recorro lo que todos sabemos acerca del duro trabajo que tuvo que hacer para pasar de un modelo médico-traumático-neurológico-lesional al modelo narrativo que hoy usamos; desde las primeras teorías sobre el trauma sexual precoz, las teorías de la seducción, la abreacción, el interés por datar en la historia al hecho traumático; a “mi neurótica me miente”, en donde no era tan importante que las histéricas le mintieran a Freud sino que Freud descubrió –posiblemente en el análisis de Emma Eckstein– que en realidad el problema no estaba en la experiencia sino que el problema estaba en la memoria, que la neurosis era un problema de memoria; que Freud nos lo enseñó con la frase “las histéricas enferman de reminiscencias”, enferman de memorias.

En ese análisis –el caso Emma, la chica del pastelero, los vestidos y la fobia posterior, el historial del *proton pseudos* del *Proyecto*, capítulo 2– en ese análisis de esta colega lo que descubre Freud es que la experiencia infantil no enferma, más allá de que hasta podría considerarse abusiva a esa experiencia infantil: cuando el pastelero supuestamente abusa de esta chica cuando era chiquita. Lo que Freud descubre es que la neurosis surge a partir de un hecho anacrónico, heterogéneo y anacrónico, que produce un fenómeno de resonancia con aquel hecho inicial; vale decir que en la comprensión, la interpretación transferencial que hace Emma cuando ella va a hacer compras, ella tiene categorías pasteleras, de sonrisas de pasteleros para interpretar –vale decir comprender– las sonrisas de los tenderos de la *boutique*. Y en

ese simulacro, en esa cuasi similitud de las dos escenas —que no son iguales— resuenan vestidos y vestidos, risas y sonrisas —dice Freud—; estos vestidos y estas risas, los vestidos de los toqueteos y los vestidos de la tienda, las risas del pastelero cuando la toca y las risas de los tenderos cuando podrían venderle un vestidito, producen el acceso de angustia y la posterior agorafobia.

Ahí vemos el fenómeno bifásico que en ese momento Freud considera que es un fenómeno post puberal, hay una sexualidad pre puberal —dice Freud, la sexualidad con el pastelero— y hay una comprensión sexual post puberal. Esto es lo que hizo que hubiera muchos trabajos sobre este tema, entre ellos uno que yo cito que es el de Didier Anzieu sobre el trauma sexual precoz, considerando la cuestión como un problema con lo post puberal.

Sin embargo Freud en *El hombre de los lobos*, en el historial de una neurosis infantil, unos veinte años después de ese trabajo del *Proyecto*, describe y descubre que el fenómeno bifásico no necesita de la pubertad, no necesita de la comprensión puberal. En *El hombre de los lobos* el fenómeno bifásico acontece en el sueño, en el sueño de los lobos. Freud dice que en el sueño se elabora la experiencia de la escena primaria; la escena primaria vista, imaginada, supuestamente vista al año y medio, dos años y medio, es re-examinada, rememorada —el término de Freud es rememorado— por este nenito y este nenito se despierta angustiadísimo con ese sueño de los lobos y en el análisis que Freud hace con él descubre que el motivo de la angustia era una moción reprimida primaria en ese momento, en el momento del sueño, y que esa moción era una moción pasiva homosexual respecto del padre, querer ser penetrado por atrás como la madre, *a tergo* como la madre.

Vale decir que en la re-examinación en la interpretación transfe-rencial, en donde la transferencia de los restos diurnos va a parar al sueño como fenómeno alucinatorio, hay un fenómeno bifásico que no necesita de la comprensión puberal para reformular, ahora en términos sexuales, una experiencia sexual pre sexual, como era la visión de la escena primaria.

Es interesante que Freud se niega a usar la palabra recuerdo hasta que no tiene esta impregnación sexual, y es por eso que yo puse en el

epígrafe de mi trabajo una frase de Green: “La sexualidad no es todo, pero está en todo”, es una frase de Green del 97 y creo que ahí se ve bien de qué se trata el problema, cuál es el rol que tiene lo pulsional en la causación de la neurosis, en la causación de la significación psíquica y en la causación de aquello que nos es propio, nos es original, aquello desde lo cual nosotros comprendemos la vida.

Entonces a partir de ahí yo diría que el fenómeno mnésico, el fenómeno de la inscripción de memoria es un fenómeno dinámico en el que permanentemente estamos reescribiendo nuestras memorias y —como diría Paul de Man— en cada reescritura, en cada autobiografía de nuestras memorias algo se oculta, algo se enmascara y lo esencial no está a la vista, al igual que en el teatro griego donde lo esencial estaba detrás de la máscara.

Una última cosa —me pidió Adela que hablara de eso— sobre el tema de la interpretación, pero ahora sí de la interpretación analítica. Yo tengo la impresión de que en los primeros tiempos de la historia del análisis, el énfasis de la cura estaba puesto en el levantamiento de la represión; estaba en juego la moral victoriana, estaba en juego la misma dinámica de los primeros procesos analíticos que se fueron haciendo en los primeros veinte, treinta, cuarenta años de historia analítica.

Yo tengo la impresión de que hoy nosotros tenemos una manera de pensar algo diferente, en el sentido de que no solo la interpretación descifra —cosa que creo que seguimos pensando— sino que al tiempo que descifra, cifra en tanto aloja simbólicamente a aquello que devela; entonces lo develado por el acto de desciframiento es re-cifrado probablemente en un proceso de metáfora, aprovechando esta condición detergente —la llamo yo— de las metáforas que tienen una doble polaridad: la polaridad hacia las palabras y la polaridad hacia la experiencia, entonces permiten solubilizar la experiencia en las palabras. Es un poco de “gallego” esa definición pero a mí me sirve.

Hace unos años —y esto es un homenaje— yo tuve una vehemente pelea —éramos dos personas muy vehementes— con Reggy Serebriany; hace muchos años, tantos como para que Reggy tuviera razón cuando me dijo: “Mirá Carlos, sos muy joven, cuando tengas mi edad te vas a dar cuenta de que no sólo al interpretar levantamos represiones, a

veces necesitamos instalarlas”; esta fue la frase de ella. Tenía razón.

Por último, la última parte del trabajo tiene que ver sobre el problema de la escisión. Cuando Emma tiene la experiencia con el pastelero, Emma lo oculta; vale decir que de alguna manera ella sabe que lo que está haciendo no está muy bien visto, por lo menos por papá y mamá. Y por cierto ahí hay una defensa disociativa que hace Emma en su vida, sigue adelante con el pastelero –de hecho lo va a visitar varias veces y experimenta con él– y al mismo tiempo mantiene una situación armónica con papá y mamá que no saben nada del asunto, creo que no se enteraron durante la infancia de Emma.

Esto es una escisión, ¿cómo considerar esta experiencia?, esta es la pregunta que yo formulo en el trabajo. Si lo es, no la enfermó. Por otro lado es una niña, es una mujer, es una histérica –o va a serlo a futuro– vale decir es en todo sentido una excepción como niña, como mujer y como histérica, es una excepción a la escisión del yo tal cual la describió Freud en el trabajo sobre el fetichismo y luego en el trabajo sobre la escisión del yo al servicio de la defensa. Sin embargo ahí hay una escisión, en el sentido que hay una experiencia disociada, ¿cómo entender esta experiencia disociada y en qué términos entender esta experiencia disociada?

Yo planteo algunas objeciones respecto del concepto de escisión del yo de Freud en ese trabajo y señalo que tenemos muchas experiencias clínicas en las cuales es evidente que hay un fenómeno de escisión, el asunto es cómo lo vamos a teorizar. Las experiencias adictivas, las experiencias de las creencias esotéricas, la clínica del amor, la clínica de los duelos, los fenómenos –mal llamados– anoréxicos bulímicos, lo que llamaría la clínica esfinteriana de la adolescencia... solo pueden ser comprendidos si uno entiende la importancia del fenómeno del *splitting* o de la escisión o como queramos llamarlo o con qué teoría; pero sea como fuere está claro que la desmentida y la escisión de la experiencia psíquica forma parte de la clínica de las neurosis.

En todo caso tendremos que rompernos la cabeza para entender cómo teorizar eso pero el hecho clínico es incontestable, por lo menos en mi opinión.

Solo quiero leer la última página del trabajo, a modo de una conclusión provisoria:

“A cien años de aquellos trabajos encontramos el mismo problema desde un ángulo distinto. ¿Cómo nos explicamos hoy los traspiés de nuestra memoria? Sabemos que nuestro psiquismo tiene una extraordinaria capacidad de olvido, que envidiarían nuestras computadoras sumergidas, como están, en una montaña creciente de basura informativa.

Sin embargo a veces somos incapaces de olvidar y necesitamos un laborioso trabajo psíquico para resolver esos olvidos sintomáticos, que son nuestra manera obstinada de necesitar recordar.

Otras veces el dolor nos impide saber qué hemos vivido en esas oportunidades en las que una vivencia catastrófica nos impidió comprender nuestra vida, y allí nuevamente penamos hasta encontrar aquella metáfora que nos amarre a un sentido y nos libere de nuestra repetitiva necesidad de buscar nuestra cifra.

Otras veces quedamos descaminados de nuestra ligadura emocional con nosotros mismos y con los demás, aparentemente perdidos de nuestro deseo en la enmarañada maleza de nuestras sensaciones y nuestros apetitos de prestigio o de poder. Una vez más necesitamos que alguien nos rescate y nos reponga las migas de pan de nuestro camino a casa.

A estas razones podrían agregarse otras, en todas ellas nuestra memoria requiere estar ligada a nuestra vida emocional y afirmarse en aquellas primeras marcas donde nuestra vida pulsional hizo huella en nuestras fantasías, y donde nuestro cuerpo fue escrito por nuestras ilusiones; justamente allí donde el conflicto central de nuestra vida psíquica estableció las palabras que definen qué podemos saber de nosotros mismos y qué debemos no saber que sabemos.

Ante estas diferentes variantes de la escisión psíquica, parece aconsejable adoptar una primera idea de lo inconsciente como un adjetivo que distingue un modo de funcionamiento psíquico que se erige independientemente de la voluntad consciente y que ejerce su influencia sobre ella, orientando sus metas generales o generando formaciones de compromiso: los sueños, los síntomas, los lapsus, etc., que son el resultado visible de su poder. Sin embargo las reglas del funcionamiento inconsciente nos obligan a pensar en algo más

que un adjetivo, pues la tópica inconsciente tiene una dinámica y una economía que le son propias; el funcionamiento inconsciente tiene una manera de transferir sus investiduras y una retórica de sus representaciones que son idiosincráticas y que al mostrar sus efectos en el pensar consciente dan un atisbo de su singular modo de operar.

Al igual de lo que ocurre con la contradicción entre la teoría ondulatoria y la teoría cuántica de la luz, nuestras observaciones se bifurcan según qué aspecto de la realidad psíquica observamos y en cada caso nos inclinaremos a una teoría o a otra.

¿Estamos entonces en condiciones de asumir una sola de esas visiones? ¿Vale la pena polemizar sobre las mismas desde la emblemática lealtad a un autor? ¿O conviene asumir un sano y humilde juicio crítico que mantenga esas inconsistencias en su fecunda demanda de una explicación a futuro?»

Diana Sperling: Buenos días. Gracias a Adela y a toda la gente de APdeBA por la invitación, siempre es un ámbito propicio, cálido y acogedor para pensar juntos y charlar.

Yo leí el trabajo de Carlos, lo estudié un poco en el sentido de meterme con algunas de sus afirmaciones, como yo no soy psicoanalista —obviamente— mi lectura pasa por otro lado, pero tal como dijo Nora al principio hay una serie de puntos de contacto y de afinidad —diría— entre el texto de Carlos y algunos de mis escritos o algunos de mis pensamientos. Nora citó la confluencia alrededor de Walter Benjamin, yo creo que el nombre de Benjamin sintetiza y condensa —y cuando digo “condensa” lo digo con toda la mala intención— condensa algunas ideas y algunas nociones que no están demasiado alejadas del pensamiento de Freud. Por ahí en el medio está sobrevolando el fantasma de Nietzsche, sabemos que tanto Freud como Benjamin han sido fuertemente influidos por la escritura nietzscheana y sabemos que una de las grandes revoluciones que produce Nietzsche en el pensamiento es lo que hoy llamaríamos la deconstrucción del ideario positivista y su manera de concebir la historia concretamente; hay un texto de

Nietzsche que se conoce como *II Intempestiva*, es un librito chiquitito de su primera época, *II Intempestiva* o *Sobre la utilidad y el perjuicio de la historia para la vida...* ese es el título completo, es un texto de 1874 –o una cosa por el estilo– que va a ser absolutamente crucial y absolutamente fundamental para todo el pensamiento de la historia que viene después. Quiero decir, nadie desde cualquier disciplina que piense algo acerca de la historia, desconoce este texto de Nietzsche y nadie ha dejado de estar fuertemente marcado, impregnado, por algunas ideas que plantea Nietzsche ahí, a su modo tan revulsivo; esto ha dejado una marca muy fuerte tanto en la concepción freudiana como en la concepción de Benjamin acerca de la historia.

Pero cuando se cuestiona un determinado modo de concebir la historia, se cuestiona también un enorme espectro de ideas, de nociones que han llegado a estar naturalizadas, por ejemplo la cuestión del tiempo, la cuestión del sujeto, la cuestión de la narrativa, la cuestión de la verdad.

Todas estas palabras tan fuertes, tan pesadas, tan importantes van a quedar bajo la lupa de la mirada nietzscheana al reformular la idea de qué es la historia.

El pequeñísimo fragmento que leyó Nora en la presentación:

¿De qué estamos hechos? De inscripciones y borraduras; de nudos corredizos y cabos sueltos; de múltiples pasados que se rehacen una y otra vez, y de futuros que a veces creemos ya contruidos, de presentes escurridizos, de olvidos y memorias trenzados en un texto. Somos esa escritura en la arena.

Esta es un poco la idea literaria que se me ocurrió para poner a rodar algunos de estos problemas con los que nos estamos enfrentando hoy y que creo que, en gran medida, Carlos aborda en su texto.

¿Por qué escribir y por qué escribir en el desierto? ¿Por qué escritura en la arena y por qué inscripción y borradura?

Estos son algunos de los términos que quiero poner a jugar y compartir con ustedes.

A mí siempre me llamó mucho la atención que Freud concibiera

el inconsciente como una escritura a partir de “El block maravilloso”; esto lo trabaja muy bien Derrida en su libro *La escritura en la diferencia*; les cuento que hay un capítulo específico que se llama “Freud y la escena de la escritura” que a mí siempre me pareció interesantísimo, tardé solamente tres años en empezar a entender algo...

¿Por qué Freud imagina el inconsciente como esa pizarra mágica, como ese block en el cual se inscriben determinadas cosas, se borran de cierta manera, lo que parece escrito recién en realidad queda en el fondo, lo que parece escrito de antes en realidad es lo más reciente?

Acá hay toda una reformulación –primero– del tiempo, el tiempo lineal que, en la huella de este texto nietzscheano, queda totalmente desbaratado. Lo que se escribe no se escribe según una lógica de la linealidad, no se escribe según una lógica de la sucesión –como diría Rosenzweig, de quien por supuesto Benjamin toma muchísimo–, según una lógica de adición de momentos. Benjamin va a decir en sus famosas *Tesis de filosofía de la historia*, que el tiempo de la historia no es el tiempo homogéneo y vacío porque el tiempo homogéneo y vacío de la historia historicista, es decir de la historia positivista, es un tiempo de pura adición de momentos. Pero eso achata totalmente el tiempo y no permite la aparición de lo nuevo.

¿Por qué?, porque la pura adición de momentos que son necesarios para llenar ese vacío del tiempo homogéneo, no porta ningún significado y no porta la posibilidad de novedad.

Entonces, ¿cómo va a nombrar Benjamin la posibilidad de que ocurra algo que no está previsto, que no es una mera adición de momentos iguales entre sí sino la posibilidad de un momento –dice él– que “haga saltar el *continuum* del tiempo”? Lo va a llamar el Mesías. El Mesías de Benjamin no es el Mesías de la teología tradicional, no es un señor que va a venir en un burrito blanco a salvar el mundo, ni a curar todos los males, ni nada por el estilo. Al final, en la última parte de las *Tesis*, en la *Tesis 18 B*– habla de que a los judíos les estaba prohibido auscultar el futuro; ustedes saben que en el judaísmo todo lo oracular y adivinatorio está radicalmente prohibido, esto lo dice Freud en el *Moisés*, dice que lo que crea Moisés como nueva cultura, nueva tradición, nuevo pensamiento tiene que ver con una refutación

de lo que se hacía en Egipto que era el culto a los muertos; el culto a los muertos tiene que ver también con la interrogación a los que ya se han ido acerca de lo que nos espera en el futuro, como esa conexión entre la voz de los muertos que ven todo y los vivos que necesitamos que nos digan, en vivo, qué es lo que nos espera; y esta es la función de los adivinos, de los oráculos y demás.

Entonces según Freud –y Benjamin coincide con esto, sin nombrarlo por supuesto– esto es lo que el judaísmo viene a refutar. Entonces dice Benjamin: que estuviera prohibido auscultar el futuro no significaba la no existencia del futuro. Sí –dice– los judíos estaban entrenados en la rememoración, a través de los rituales lo que se ejercita es la rememoración de los acontecimientos “históricos”, que nos han constituido y que nos han permitido llegar hasta aquí; de hecho hay una bendición que se dice en los momentos de alegría y de festejo, que es: “Bendito seas Dios, que nos has sostenido en la existencia y nos has permitido llegar a vivenciar este momento”.

Esto está aludido por Benjamin –de alguna manera– y dice: esa práctica de la memoria tan propia del judaísmo –que se ha sostenido sin un territorio propio gracias a la memoria, y por eso no ha desaparecido como cultura o como tradición–, esa práctica de la memoria ni nos deja pegados al pasado ni nos impide pensar acerca del futuro.

¿Cómo se presenta el futuro?, dice: el futuro es la puerta abierta por la que en cada segundo puede entrar el Mesías.

¿Qué es el Mesías para Benjamin? La redención, es decir la reparación del mundo, el rescate de los oprimidos que han quedado acallados y sumergidos en la historia porque la historia la escriben los vencedores. Se trata entonces de posibilitar una historia escrita desde otro lado, de posibilitar que los vivos rescatemos los nombres de aquellos que han quedado olvidados, para poner a circular esto y para nutrir la historia y para abrir un futuro que incluya los nombres de los muertos, no como culto a los antepasados –diría Freud– y no como culto a los muertos, sino como la posibilidad de una memoria que no haga caso omiso de las tragedias del pasado; porque el tiempo que vivimos los humanos –dicen estos pensadores– no es ese tiempo lineal que deja el pasado atrás definitivamente pasado y pisado sino

que va hacia atrás, recoge las marcas, las lee y las relanza al futuro.

Acá está la función de la escritura. Yo diría: somos escritos; ¿por qué a Freud se le ocurre interpretar o entender el inconsciente como una escritura? Porque Freud es escrito, Freud proviene de una tradición donde la escritura es absolutamente fundante y –más aún– es el piso que sostuvo a esa tradición funcionando, innovando y abriendo a nuevos acontecimientos, justamente porque es una escritura dada a una permanente lectura y reinterpretación.

Entonces pensé, leyendo el trabajo de Carlos, en esto de la memoria bifásica, me interesó muchísimo ese sintagma; una vivencia nueva impacta, pero de algún modo rebota o cae en un territorio de lo pasado, de lo anterior y se condicionan mutuamente.

Nada de lo nuevo podría inscribirse si no tuviera –efectivamente, como la mañana neblinosa y la mañana soleada– un marco referencial en el cual arraigar para resignificar, porque lo que pasa ahí es una acción a dos puntas: por un lado lo nuevo permite resignificar lo pasado, pero por otro lado lo pasado carga de sentido también a lo nuevo.

Hannah Arendt en el libro *De la historia a la acción*, habla de cómo los intelectuales franceses en la época de la Resistencia de repente se vieron arrojados a tener que ser activos, dejar de lado por un ratito la torre de marfil, el mundo del pensamiento y ponerse a trabajar para que el enemigo –ese enemigo que dice Benjamin “no ha cesado de vencer”– no les pase por encima. Entonces dice que se vieron arrojados a la acción y no sabían muy bien qué hacer, porque si bien venían de una tradición que tenía numerosas experiencias acerca de la libertad, de lo revolucionario y demás, esta tradición no les había sido transmitida adecuadamente.

Entonces dice Arendt: nada se puede recordar si no es en un marco de referencia que le da sentido a eso que aparece; es decir cuando aparece algo nuevo, solito, aislado, no hace marca, tiene que caer en la huella de algo pasado que no importa si ocurrió efectivamente o no, importa que forma parte de una escritura; es decir que forma parte de una inscripción que está siempre abierta a una nueva lectura.

Entonces cuando digo: somos escritos, digo que somos constituidos como sujetos por esa escritura que está permanentemente necesitando, pidiendo, requiriendo nuevas lecturas; somos sujetos de

escritura y somos sujetos de lectura, venimos de una cultura escrita, no sabemos ya –por lo menos en Occidente– qué sería una cultura de pura oralidad. Los mecanismos mnemotécnicos que requiere la oralidad –la rima, la repetición, etc.– han ido suplantándose progresivamente por otros mecanismos que tienen que ver con esta tecnología específica que es la escritura, que nosotros tenemos ya naturalizada. Pero la realidad es que pensamos permanentemente en términos de escritura. Carlos –incluso– en algún momento habla de la narrativa de la autobiografía que se reescribe, se refiere a Paul de Man que también utiliza metáforas del texto.

Entonces voy a usar esto de *fill in the blanks*, que también me ha dado muchos dolores de cabeza en el secundario y en mis cursos de inglés y lo recuerdo traumáticamente, pero que me parece que es muy interesante y me recuerda a una figura cabalística; los cabalistas dicen que el verdadero texto –el texto bíblico– no está en las letras negras sino en los blancos entre las letras. Esto es maravilloso para pensar desde el psicoanálisis y desde la filosofía. ¿Cuál es ese texto que está escrito ahí? No tiene ninguna importancia, porque diríamos desde esta perspectiva: no hay ningún texto último, no hay hermenéutica ni para el psicoanálisis ni para la filosofía; hay interpretación, hay exégesis en el sentido de abrir nuevamente, de darle otra vuelta a esa escritura para ver qué de nuevo trae con esos signos viejos. Carlos hablaba de la silueta y yo no puedo dejar de tener en mente la imagen de lo que se llama el *Sefer Torah*, el rollo del texto bíblico que se lee en la sinagoga todos los sábados, todos los jueves... en fin, en los rituales, en el Bar Mitzvah, en las festividades. Es un rollo que se despliega en distintas direcciones y el texto va apareciendo y luego se va cubriendo a medida que se va enrollando la parte que se lee.

A mí me parece que es una imagen gráfica muy precisa para mostrar qué es esta narrativa de la cual provenimos; porque venimos siendo narrados por el deseo de nuestros padres y por las generaciones que nos preceden, venimos siendo narrados pero cada vez desenrollamos una parte nueva, una página nueva –diríamos– o un pergamino nuevo de ese texto infinito. Y esto me hace acordar a los títulos de Blanchot: *El diálogo inconcluso*, *La conversación infinita*, o incluso *El libro de arena* de Borges, es un texto que cada vez que se abre muestra otra

cara y permite otra lectura y otra reescritura, porque a partir de ese texto se reescriben interpretaciones siempre nuevas, siempre a nuevo.

Entonces: somos escritos y por lo tanto como sujetos, somos sujetos *precipitados*, en el sentido no solo de estar apurados más de una vez por saber aquello que no sabemos y quizás no sabremos nunca, no solo por el vértigo que domina nuestra época, sino como un precipitado químico que no tiene ninguna sustancialidad sino que tiene una composición –también en un sentido químico– totalmente coyuntural.

Eso es a mi modo de ver el sujeto, o como diría Derrida leyendo a Nietzsche: el sujeto es un resto de-sustancializado. Ahora bien, la no sustancialidad ¿nos arroja a la pura evanescencia? ¿hace de nosotros una nada inasible?

No: hace de nosotros una escritura. La escritura reúne los fragmentos dispersos, reúne esas marcas del inconsciente que no respetan un orden lineal, por eso condensación, desplazamiento y esas operaciones donde hay pegoteos, fragmentos, pedacitos que se juntan y se disyuntan de manera diversa. La escritura lo que hace es ordenar y poner en una sucesión ficcional esos restos disyuntos.

Eso somos como sujetos, somos lectores de nuestras propias marcas y de nuestros propios restos.

Ahora bien, ¿quién escribe? ¿Escribe el yo? No, el yo que aparece en las narrativas, en las autobiografías y en las novelas o en cualquier otra textualidad, es –diría Barthes– un yo de papel. El sujeto que sostiene esa yoidad no tiene la misma estructura porque no tiene la consistencia de un yo idéntico a sí mismo. El sujeto dividido, escindido, es este rejunte de pedazos que sin embargo requiere de un ordenamiento.

Ahí es donde calza muy bien una distinción que hace Benjamin entre vivencia y experiencia. Hay un texto bellísimo de Benjamin que se llama *Experiencia y pobreza*, empieza diciendo que los soldados que vuelven del frente en la Primera Guerra Mundial vuelven mudos; no pueden contar aquello que han vivido, es tan traumática esa experiencia que los deja sin palabras.

Eso es una vivencia, yo diría que la vivencia está más del lado de lo traumático, es esto de lo indecible que sin embargo pide a gritos ser puesto en narrativa; la narrativa que llena los blancos los llena siem-

pre en forma incompleta, en forma defectuosa, en forma fallida; pero es el único lugar donde alojar precisamente algo de lo indecible que permita arañar cierta decibilidad, cierta lógica, cierto ordenamiento.

Cuando la vivencia arriba, adviene a la narrativa, se convierte en experiencia porque la experiencia implica la transmisibilidad. La vivencia no, la vivencia es intrasmisible por definición.

Entonces, ¿qué es lo que nos pone a nosotros en este tiempo que parece lineal pero no lo es, en este tiempo del retardo, del *Nachträglich* que retoma del pasado aquello que no fue pero que le da cierta consistencia imaginaria para traer al presente y relanzar al futuro en términos de principio de inteligibilidad? Si nosotros no tenemos la posibilidad de narrar y narrarnos y narrar el mundo, no podemos comprender el mundo ni comprendernos, no podemos hacer lazo. ¿Qué es entonces ese lugar, ese lugar tercero? Es el absoluto esencial –como decía Carlos–, eso que está detrás de la máscara, eso que requiere permanentemente ser enmascarado para mostrarse, como decía Nietzsche, de lo dionisiaco y lo apolíneo. Nietzsche dice: Dionisio es un devenir constante que no se aquieta nunca, no se lo puede ver porque pasa; sin embargo le pide prestadas las máscaras a Apolo –al dios de la figura, de la forma, de la luz– para aquietarse un instante, tener cierta visibilidad y luego volver a pasar.

¿Cómo lo dice Lévinas? –otro pensador que interesa mucho para la cuestión del tiempo, del sujeto y de la historia–. Lévinas lo dice así: se refiere a un pasaje bíblico donde Moisés guiando a esta muchedumbre en el desierto, muchedumbre que se rebela una y otra vez, que lo boicotea, que hace todo tipo de desastres... dice que Moisés estaba harto, no los soportaba más, entonces invoca a Dios y le dice: Dios, si estás realmente conmigo y si estoy haciendo todo esto porque vos me lo ordenaste, si no es una mera alucinación, por favor mostrame Tu rostro, dame alguna garantía. Entonces Dios le dice: Mi rostro no podrás ver, porque no puede verme el hombre y seguir vivo, verás Mi espalda. En realidad el texto dice: “Verás Mi gloria”; es decir, Me verás cuando haya pasado. La escena es hermosa, Dios lo pone a Moisés en una grieta –y la palabra grieta es muy importante también porque nos define bastante– en una grieta entre las rocas y le dice: Yo te voy

a tapar los ojos –son los antropomorfismos típicos del lenguaje bíblico– y una vez que haya pasado destaparé tu vista y verás *Mi haber pasado...* Esa sería la traducción más exacta.

En efecto, así ocurre según el relato y Lévinas dice: Dios como infinito es lo inasible, es lo absolutamente inapropiable, es aquello que no podemos poseer pero que sin embargo nos pone en la huella, nos señala una dirección. El rostro del otro, a quien debo mi responsabilidad, es la huella del infinito, dice Lévinas.

Ese haber pasado –agrega Lévinas– es un pasado que nunca fue presente.

Esto me parece que encaja perfecto con la noción freudiana de *Nachträglichkeit*: la represión primaria no reprime nada; constituye algo así como un pasado para que haya posibilidad de diseñar un futuro. La represión primaria instala un hito temporal para que exista el tiempo, tiempo que cuenta con la ficción; y la ficción tiene forma de escritura, para que nos constituyamos como sujetos. Es decir, a partir de lo imposible de lo absoluto, de aquello que no podemos poseer, ni saber, ni conocer, estamos posibilitados; pero eso requiere una escritura que siempre será fallida, siempre será incompleta y nunca recubrirá *das Ding*, la cosa, o la esencia, o lo absoluto, o el infinito por completo.

Pero en esa huella estamos y esa huella somos.

Público: Partiría de cuál podría ser mi experiencia de haberlos escuchado, algunas cosas recordaré, otras no. Recordaré –seguramente– que fue una muy buena experiencia y que fue mucho lo que transmitieron. Pero en este tema de que algo recordaré y algo no, me interroga el tema de la narración en el sentido posible –quisiera justamente conversar respecto de ello– que la narración une y deja algo segregado.

Concretamente este es el punto que quiero interrogar: el efecto de segregación de una narración, sobre todo porque en una conferencia –que justamente dio Diana– en donde hablaba del modo de recordar y el Holocausto, no habría forma de recordar el Holocausto bajo la forma de una narración, en tanto la narración implica un orden de razones que, a su vez, segregan; y por lo tanto estaba la pregunta respecto a cómo recordar el Holocausto.

En ese sentido vuelvo a hacer la pregunta respecto a la problemática de la narración como modo de recordar, es decir interroga la problemática de lo simbólico.

Público: Retomo un poco lo anterior en relación al modelo narrativo sobre todo para preguntar qué lugar ocupa el cuerpo en este modelo narrativo, sobre todo teniendo en cuenta que el cuerpo de las pacientes de Freud dista mucho del cuerpo de las pacientes que recibimos actualmente.

Público: Yo quería hacer una pregunta puntual sobre una diferencia. Diana planteó lo traumático como lo sin palabras y Carlos planteó lo traumático como lo que se puede relatar, fechar, situar, pero donde no habría ninguna subjetividad.

No sé si lo estoy diciendo bien, pero es lo que me quedó de lo que dijo Carlos Moguillansky.

Y la otra pregunta que quiero hacer es respecto de Emma. En el trabajo Carlos habla de la función virtuosa de la represión. Y quería pedirte si podías articular un poco qué es lo que pasa con la represión en Emma de la primera a la segunda escena, porque si en la primera escena hablamos de escisión me parece que algo sucede con la represión, que algo se instaura ahí como Superyo, que antes aparecía en la figura de los padres y que creo que en un segundo momento esto aparece operando en la represión, por eso puede haber síntoma, ¿no?

Público: Voy a comentar la dimensión bifásica de la interpretación, no sé, se me ocurrió ponerle ese nombre porque Carlos dice que en la actualidad –si yo no entendí mal– en nuestro análisis, la clínica nos muestra que primero levantamos represiones, como una primera actividad que él dice que es descifrar; y como segundo momento hacemos como un anudamiento a una metáfora, que él dice que eso sería cifrar.

Yo me quedaba pensando que cuando nosotros pensamos a los pacientes, a veces decimos: bueno, es un neurótico, hay que levantar represiones –o sea descifrar– pero que si no es un neurótico hay que ayudarlos a hacer un anudamiento en una metáfora, para traerlo en términos de Carlos, y tendríamos que ayudarlos a cifrar.

Mi pregunta vendría como que acá parece que a los neuróticos también ayuda, tenemos que ayudarlos a hacer un anudamiento en una metáfora.

Y la otra cosa que me había quedado pensando cuando hablaba de Emma, es que los síntomas histéricos de ella aparecen en la pubertad, cuando habla todo el tema de la disociación. Los síntomas aparecen porque justamente ella no disocia, o sea como que en la adolescencia se le vino la metáfora de golpe –para decirlo de alguna manera– hizo un anudamiento con todas las escenas del pastelero y del *shopping*, hizo un anudamiento y ahí no pudo disociar y ahí se enfermó; o sea que se enfermó porque no pudo disociar.

Y la otra cosa que escuchando a Diana se me ocurría, era si estamos cerca de decir que la escritura sería una metáfora; justamente esto que tratamos de anudar pero que nunca vamos a poder anudarlo del todo.

Diana Sperling: Con respecto a tu pregunta de narración y segregación, que me pareció muy interesante, segregar y secretar son dos términos muy ricos, polisémicos; secretar como lo secreto pero también como los humores del cuerpo o como la baba con la que la araña teje su tela.

Yo diría que una narrativa es como una tela de araña que nos sostiene, nos identifica, nos fabrica una identidad ficcional en la que nos sostenemos, pero en la cual a veces quedamos atrapados.

El neurótico –hasta donde yo sé, me corrigen ustedes porque no es mi *métier*, pero como soy neurótica algo puedo decir– se narra, somos narrados, venimos al mundo siendo narrados por el deseo de los padres, antes de que nazca un hijo uno ya tiene toda una historieta armada, no solo el nombre –y la cuestión del nombre es fundamental en esto– sino que uno se imagina un montón de cosas que después se verá si son o no son, pero es como que un hijo cae en una narrativa armada. Esto es ontogénesis y filogénesis, pongámoslo a nivel de una cultura, de un pueblo, hay siempre un efecto de *Nachträglichkeit*, de retroactividad identificatoria con la narrativa. Yo me identifico con la narrativa bíblica, pero si me pongo a analizar desde un punto de vista

científico esa narrativa... hay mucha ficción ahí, pero es una ficción que me da entidad, que me contiene y me aloja.

Entonces en ese sentido es una tela de araña con toda la ambivalencia que esto tiene, secretamos y segregamos... son términos interesantes, son términos anfibios –se dice en lingüística–. Secretar es secretar, hay cosas indecibles en toda narrativa, la narrativa recubre lo indecible a través de lo decible, y secretamos esa baba que permite armar una tela, una trama, recuerden que texto es tejido, igual que el tejido de la araña; segregamos porque hacemos una diferencia entre nosotros y los otros, las identificaciones son sostén de la existencia, yo no soy todos, yo no soy universal. Spinoza descrea de lo universal y me parece fantástico; Nietzsche, ni qué hablar... Yo me entramo en una narrativa puntual, específica: argentina, judía, mujer, sudamericana... lo que fuere, cada cultura tiene su –o sus– enjambres narrativos, diría yo.

En ese sentido narración y segregación van de la mano. Y por otro lado toda narración es selectiva, esto lo dice maravillosamente un historiador actual muy interesante que es Yosef Hayim Yerushalmi. Hay un librito que se llama *Usos del olvido* que editó Nueva Visión hace muchos años, son las actas de un Coloquio sobre la memoria y la historia que se hizo en Francia hace ya tiempo donde están Nicole Loraux, Vattimo, otros pensadores de fuste y entre ellos está Yerushalmi; y Yerushalmi dice que el pueblo judío ha sido mucho más entrenado en la memoria que en la historia, porque la historia es un desastre –qué le vamos a hacer–: tres mil quinientos años de persecuciones, matanzas, ¿quién se quiere acordar de eso? Entonces cultivamos la memoria, esto es lo que dice Benjamin también en sus *Tesis*. Pero la memoria también es una forma de narrarnos, con las diferencias específicas que nos encuadran en una trama referencial –por eso Hannah Arendt dice: no se recuerda algo que no se pueda enganchar con una trama–; esa trama incluye un tiempo del pasado en el cual nos incluimos y es un tiempo que está siempre narrado en forma sumamente parcial, son escorzos, son fragmentos, son pedacitos... entonces Yerushalmi dice: cuando una generación se olvida o está impedida –por ejemplo como los marranos– de transmitir a la generación siguiente

su propio pasado, aquello de donde viene, sus fuentes y demás, a ese agujero hay que suturarlo de alguna manera...

Nora Barugel: Es el *blank*.

Diana Sperling: Es el *blank*, es *fill in the blank*, nosotros somos esa escritura. Me parece que esto es lo interesante de la narración, la narración es verdadera pero porque construye –como diría Freud en el *Moisés*– una verdad histórica, no una verdad material. Y eso es el Nietzsche de la *II Intempestiva* también. Toda escritura de la historia, ya sea colectiva, grupal o individual, segrega la baba para sostener un hilo que no es un hilo lineal, sino que es como la lanzadera –yo alguna vez escribí algo sobre la lanzadera en el telar del tiempo– va y viene, va y viene... y así el tejido va avanzando y se va dibujando la figura. Eso es el *Nachträglichkeit*, eso es el Mesías de Benjamin: ir para atrás, recoger los restos y relanzarlos hacia adelante.

Entonces narrativa y segregación son dos términos que están absolutamente ligados y son inescindibles. Sobre eso nos sostenemos, porque esa tela de araña se teje –todos tenemos telas de araña en algún rincón de la casa, del jardín o de nuestras cabezas– y está toda agujereada y sin embargo hay una trama ahí que se dibuja; eso por un lado.

Voy un momentito a la cuestión del cuerpo. La narración hace cuerpo, la narración no es mental, salvo para un autista –creo– o para ciertas psicosis –hasta donde yo sé de esto– para nosotros los neuróticos –y lo digo con orgullo y a mucha honra– somos *cuerpos narrados*; el cuerpo ya está atravesado por la palabra y no somos puro organismo, los humanos no somos organismos, somos narrados porque caemos en *una historia que cuenta con nosotros*. Cuando en el texto bíblico se dice: de generación en generación, ese texto ya me tenía en cuenta; esos autores que escribieron esa fantasía maravillosa... hablo de esto porque es lo que más conozco, pero si vamos a los mitos de los tehuelches, o de los aztecas, o lo que fuere, toda narrativa de una cultura determinada cuenta con sus descendientes. De manera que nuestro cuerpo es alojado desde antes de nacer en una narrativa que nos mece, que nos acuna; no hay sin cuerpo, esta disociación de cuerpo-espíritu, ese dualismo proviene de otro lado y se da de patadas con la realidad.

Michel de Certeau, genial pensador, filósofo, escritor, historiador, psicoanalista, etc., que ha escrito –para mí– las más lúcidas páginas sobre el *Moisés* de Freud en un libro que se llama *La escritura de la historia*, habla de esto y dice que la narrativa es la manera que tenemos de no sucumbir al abismo.

Carlos Moguillansky: Cuando Freud escribió en *Más allá...* el tema de la neurosis traumática, comentó que aquellos que habían sufrido un accidente y habían tenido lesiones corporales, se salvaban de ella. Quiere decir que hay algo en lo traumático sin cuerpo.

La silueta, que aparece tan conspicuamente en los fenómenos traumáticos, es un intento de recuperar ese cuerpo.

Inicialmente –quizás– nos confundimos, lo digo porque con Burucúa estuvimos trabajando el tema de la silueta, creyendo que eso era una dimensión imaginaria; Burucúa siguió incluso en esa línea. Yo diría que la silueta –por eso prefiero retraducirla por *quod*, por *blank*– es una dimensión que trata de inscribir la experiencia o la vivencia –vamos a usar esta terminología que propone Benjamin y que recordó acá Diana– propone inscribir una vivencia en una experiencia.

Esto solo se puede hacer con el acervo pulsional, con la dimensión corporal donde el cuerpo inscribe; entonces el cuerpo está escrito y el cuerpo escribe, es en verdad imposible de diferenciar dónde la fantasía escribe al cuerpo y dónde el cuerpo escribe a la fantasía, de hecho me parece que este es el verdadero significado de la famosa soldadura de la que habla Freud en el artículo sobre *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, cuerpo y fantasía se sueldan en una dimensión que a partir de ahí es represiva o reprimida.

Traté con esto de responder las tres preguntas que hubo sobre lo traumático...

Público: Soldaste todo.

Carlos Moguillansky: No sé si soldé... Voy a las preguntas más específicas sobre la cuestión de la represión, el problema de la represión en el trabajo con la neurosis.

En Emma hay un fenómeno represivo, efectivamente se constitu-

ye un fenómeno similar al del sueño de *El hombre de los lobos*, y es a partir de ese fenómeno represivo que emerge la fobia y la angustia.

Acá no estamos hablando de represión virtuosa, en todo caso acá estamos hablando de una represión patológica que está produciendo una sintomatología, en donde se han unido aquellas cosas que estaban renegadas, dice López Ballesteros, Amorrortu dice desmentidas. Entonces efectivamente hay una dimensión renegada, desmentida, disociada que en algún momento se sintetiza, se une en una vivencia unificada, experiencia sexual unificada y esto se reprime; “efectivamente soy yo la que gocé con los vestidos” sería posiblemente la dimensión que estaba en juego en esa represión de Emma, o algo así.

La represión virtuosa o el circuito virtuoso de la represión es cuando Freud la analiza, y la ayuda y la alivia en su sintomatología histérica. Los resultados de ese análisis ingresan esa experiencia de represión patológica en una dimensión de desciframiento, se descifra el significado de su angustia, se descifra el significado de su fobia; pero se la incluye en una serie de siluetas y de metáforas simbólicas que permiten disminuir notablemente los desarrollos de displacer y de angustia; este es el circuito virtuoso de la represión.

Acerca de la pregunta sobre la neurosis y lo no neurótico, justamente lo que yo estoy tratando de proponer en este texto, tiene que ver con que, en la neurosis –no en la psicosis ni en la perversión– en la neurosis los fenómenos de escisión son conspicuos; y diría más, ayudan a la represión, cooperan con la represión.

¿Enfermó porque no pudo seguir dividiendo? Sí, enfermó por eso.

¿Eso es una metáfora? Es probable que eso sea una metáfora de bajo nivel, pero nos metemos en otro problema: que habría algunas metáforas –quizás el síntoma sea una metáfora– pero serían metáforas fallidas o metáforas patológicas y habría otras metáforas de mayor nivel simbólico. Yo creo que la diferencia está en lo que llamamos lo narrativo, lo narrativo como operación te saca de la escena inmanente. En esto es lo que Benjamin insiste cuando habla del tiempo de la historia, saca al sujeto de lo inmanente y –él dice– lo manda al mito; la historia es un mito, el tiempo de la historia es un tiempo mítico, esto está claramente y explícitamente definido por Benjamin en *El drama barroco alemán*.

Esa dimensión es la misma que trae Paul de Man cuando habla de que en toda autobiografía algo se enmascara, es decir no hay manera de generar una biografía sin producir un efecto de represión.

Público: La verdad que me gustaron mucho las dos presentaciones y me impactó este aporte de Carlos Moguillansky porque uno está habituado, por lo menos como lectora de la obra de Freud, a pensar la escisión siempre del lado de la patología bien diferente de la neurosis, del lado de la perversión, del lado de la psicosis. Sin embargo –si yo entendí bien– vos estás trayendo algo así como un estatuto distinto de la escisión...

Carlos Moguillansky: Sí.

Público: Yo no recuerdo en qué artículo –creo que es Freud y en la traducción de Ballesteros– que habla de las chifladuras del yo...

Carlos Moguillansky: En *El yo y el ello*.

Público: A mí me gustaría pensar si vos entendés la escisión del yo tanto en el ocultamiento que hay en Emma como solidario de la represión en la neurosis, un ocultamiento en un sentido; o tanto en aquellos casos traumáticos donde la vivencia no puede ser narrativa y entonces no deviene experiencia histórica, aunque no lineal ni material, pero ahí también podría haber entonces escisión.

Público: Quiero señalar lo de la araña –porque me parece muy interesante– y la araña segrega dos hilos: uno pegajoso y uno no; ella sabe cuál es el no pegajoso. Eso es muy importante porque me parece que nosotros no somos arañas, tejemos redes donde el paciente está pero caminamos por el otro lado.

Dejo de lado eso y voy a lo otro, se me ocurrió un modelo –es como querer aportar algo pero era absurdo, me sirve para mí no sé si para ustedes, después de agradecerles porque ha sido un placer para mí poder estar escuchándolos– es el tipo de película que es una capa de celuloide que tiene un gel que tiene sales de plata, cuando un fotón

impacta algunas de las sales de plata la manda más al fondo; eso da el claroscuro de lo que va a suceder en la fotografía cuando re-velamos, de-velamos, anclamos lo que está anclado y eso es lo que hacemos los analistas; por eso la parte blanca de la escritura me parece que es muy importante en los cabalistas porque nosotros tenemos que hacer eso, no hablar de las palabras que no sirven y sí hablar de las palabras que sirven.

Público: Dentro del pensamiento de ustedes, nociones que son muy utilizadas sobre todo en la clínica actual vincular –como la noción del acontecimiento o de lo nuevo, la posibilidad de que en un espacio analítico aparezca algo no creado previamente– ¿cómo lo incluirían?

Se habló más de la transferencia hacia el presente, se habló de las marcas que no tienen un referente, las experiencias no hacen marca...

Nora Barugel: Todo el tiempo lo que me circuló en la cabeza es el cuento de Kafka *En la colonia penitenciaria* y esto que estamos circulando entre todos en relación a inscripción, cuerpo y lo dramático, el sesgo dramático que esto puede adquirir a veces, la telaraña...

Carlos Moguillansky: Yo entiendo que lo nuevo se inscribe en función de lo que podemos interpretar, de hecho me parece que solo percibimos aquello que nos es significativo. Me remito –por ejemplo– a la experiencia de las épocas de la dictadura, en donde ‘las locas’ eran las locas porque hablaban de cosas que estaban por fuera de lo que podíamos percibir y lo que podíamos comprender.

Es cierto que lo nuevo puede ser tan contundente que al pegar sobre las marcas de memoria, las rompe. Y entonces las marcas de memoria no pueden dar cuenta de eso nuevo. Eso es lo traumático, cuando no tenemos categorías para poder saber qué estamos viviendo ahí, dónde nos está impactando un acontecimiento de singular intensidad.

Por eso es que fabricamos historias míticas, supongamos seis millones... treinta mil... esos números no son números históricos, son números emocionales, números míticos, no sabemos si fueron cinco millones novecientos mil o siete millones cuatrocientos... seis millones, quedó eso; no sabemos si fueron veintiocho mil o treinta y dos

mil, quedó treinta mil. Estos son números con los cuales abrochamos lo que podemos y armamos una cierta memoria colectiva que después vamos a llamar historia. Pero todos sabemos que no eran treinta mil y que no eran –tampoco– seis millones, pero es lo que podemos armar.

Yo coincido en que las ‘locuras del yo’ –que todos tenemos, gracias a Dios– forman parte de ese acervo disociativo que no ha logrado síntesis yoica, y esto ya Freud mismo lo había podido comprender en ese artículo del 23, *El yo y el ello*.

Diana Sperling: Una palabra no desde lo clínico sino desde lo literario y filosófico. Kafka es un excelente ejemplo acerca de la escisión del yo, o lo que yo podría nombrar más como la división subjetiva. Kafka tiene un personaje que se llama Él –él, tercera persona– entonces Blanchot analizando textos de Kafka dice: un escritor no se convierte en verdadero escritor hasta que no puede hablar de sí mismo como ‘él’; mientras habla de sí puede ser una catarsis interesante para el propio escritor, pero cuando habla de él, aunque cuente cosas supuestamente acontecidas en su vida, ya está haciendo literatura.

¿No es una operación de escisión productiva para la constitución de un sujeto que nunca coincide consigo mismo?

¿Por qué no coincidimos? ¿Por qué el sujeto no es el yo? Porque la narrativa pone distancia entre el ayer y el ahora, entre el ahora y el mañana; entonces hoy no soy la misma que fui y mañana no seré la misma que soy...

Permanentemente, cuando Kant dice: el tiempo es el sentido interno, ¿por qué?, porque liga los distintos yoes a lo largo de los días, los años y los tiempos en una sutura, siempre inestable y siempre ficcional, que me permite reconocerme ahí donde ya no estoy. El sujeto es *work in progress* diría yo, en ese sentido la división es obra del tiempo y la narrativa –como dije antes– trata de hilvanar ficcionalmente estos trozos de los que estamos compuestos.

Ahí aparece lo nuevo. La palabra ‘acontecimiento’ traduce el término *Ereignis* –Hegel, Rosenzweig, Heidegger, etc.– que tiene una larga historia en la filosofía.

El acontecimiento, que es lo que Benjamin y Rosenzweig identifican con la venida del Mesías, es lo incognoscible, aquello que no se

puede prever ni calcular, si fuera calculable no sería acontecimiento, sería uno más de los hechos previsibles. O sea: el acontecimiento es cualitativo, no cuantitativo, a diferencia de la adición de momentos como decía antes.

Ahora bien, ¿qué tiene de nuevo el acontecimiento? En realidad nada es totalmente nuevo porque se inscribe en un mar ya constituido, porque no hay una borradura absoluta sino que hay el block maravilloso o la pizarra mágica, es decir se escribe sobre lo ya escrito. Eso que se reescribe o que se relee, las marcas releídas en un análisis –por ejemplo– “¡ah sí!, me pasó tal cosa pero ahora”... cambia el sentido, cambia el significado de eso y por lo tanto cambia la historia porque lo que hace el acontecimiento es quitarle sustancialidad, descoagular el pasado.

A mi modo de ver –y esto lo dice maravillosamente Sylvie Le Poulichet en un librito que se llama *La obra del tiempo en psicoanálisis*, que recomiendo enfáticamente, es muy filosófica, literaria y psicoanalítica– lo que hace un análisis es barajar y dar de nuevo, teóricamente, en algo nuevo que permite resignificar lo viejo, lo ya acontecido, pero que adviene como nuevo en la medida en que se conmueven las identificaciones coaguladas, se descoagula el tiempo. Eso es el acontecimiento, entonces todo empieza a fluir –o sería lo deseable–, empieza a andar de una manera que le quita el peso trágico.

Yo diría que uno entra a un análisis con una posición trágica –“el destino”, “todos los hombres son unos malos”, “hay una conspiración contra mí”, “siempre me pasa lo malo”– las teorías conspirativas, etcétera.

Sale, o es deseable que salga de un análisis, con una posición dramática; la palabra drama, *dramata* quiere decir lo que ocurre, pero no está escrito. Lo que cae, lo que debería caer en un proceso analítico –me parece– es la noción destinal, “el futuro ya está construido, ya está constituido”. Edipo... por más que avance no hago más que caer en el abismo que ya estaba abierto para mí. Edipo no se analizó, ¿qué sería de Edipo hoy en día? La posibilidad de releer el oráculo no como un anuncio de algo que va a ocurrir inexorablemente haga él lo que haga, sino como una advertencia. Cuando uno está advertido tiene la posibilidad de releer incluso los anuncios más nefastos.

Eso es el acontecimiento.

Nora Barugel: Yo en este sentido quería comentar que, como acontecimiento y nuevo, nos está –creo– costando muchísimo todavía insertarnos en la nueva propuesta –que Carlos lo trae, Diana lo comenta y lo trae– en cuanto a inconsciente y pulsiones. Y recuerdo con enorme placer el trabajo de Diana de *Calibán* de *Tradición e invención*, me parece que todavía quedamos tan marcados por ese período que va a ser todo un tema salir de esa telaraña y meternos en esta nueva...

Quiero realmente en nombre de todos agradecerles muchísimo.